

*Significados de la ciudadanía
en las «sociedades no-salariales»¹.
Una mirada desde América Latina²*

CÁSSIO ADRIANO BRAZ DE AQUINO³
JUAN SANDOVAL MOYA⁴

Resumen

El presente artículo se propone argumentar una perspectiva de análisis sobre los fenómenos asociados al desarrollo de la ciudadanía en las sociedades de América Latina. La tesis fundamental es que, las sociedades latinoamericanas no han seguido ni las fases de desarrollo económico, ni los procesos político-culturales que han sostenido la instauración europea del estado de bienestar social, por lo cual, el desarrollo de la ciudadanía en América Latina debe estar entendida desde otros registros, distintos de los de la sociedad salarial, analizando cómo el trabajo se vincula con otras prácticas materiales y simbólicas para el desarrollo y ejercicio de la ciudadanía.

¹ Concepto desarrollado por Castel, R. (1997), en referencia a las sociedades que no han experimentado un modelo de bienestar social.

² Ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Sociología de España. Universidad de Salamanca, 21-23 de septiembre de 2001.

³ Psicólogo y Administrador, Master en Organizaciones y Recursos Humanos. Docente de la Universidad Federal de Ceará, Brasil. Responsable por la asignatura de Psicología del trabajo. Doctorando en Psicología Social en la Universidad Complutense de Madrid. E-mail: cassiodeaquino@retemail.es

⁴ Psicólogo, Master en Psicología Social. Docente de la Universidad de Valparaíso, Chile. Responsable por la asignatura de Psicología Social. Doctorando en Psicología Social en la Universidad Complutense de Madrid.

E-mail: sosocz9@sis.ucm.es

Palabras clave: *ciudadanía, trabajo, Estado de Bienestar, sociedad salarial, inserción social y exclusión social.*

Abstract

The purpose of this article is to discuss an analytical standpoint from where to understand the factors associated with the development of citizenship in Latin American societies. The main point is that Latin American societies haven't followed neither the phase of economic growth, nor the cultural and political processes that have sustained the consolidation of the European well fare state. Therefore, the development of Latin American citizenship should be understood from another perspective, different from those that come from the 'salary society' which could help analyses how stablishes links with other material and symbolic practices involved in the performance and development of citizenship.

Key words: *citizenship, work, Welfare State, sotial insertion, social exclusion.*

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone aportar en la construcción teórica de un espacio de investigación en torno a las nociones de ciudadanía que se articulan en el marco cultural de las sociedades de América Latina. Para pensar los significados que adquiere la noción de ciudadanía en el continente latinoamericano se debe comenzar realizando un trayecto en torno a la constitución histórica y social de la categoría misma de ciudadanía, reconociéndola en formas de construcción de un «sentido social» diferente al que se viene desarrollando tradicionalmente en el contexto social europeo. La cuestión social en América Latina se enmarca en otros registros de construcción de lo político, en los cuales la tradición salarial y las garantías de protección de los Estados de Bienestar no han tenido la pre-

sencia reseñada por la bibliografía de las ciencias sociales, y más bien se ha elaborado desde un contexto disarmónico de integración, en el que se han mezclado elementos de la cultura tradicional de una agricultura que aún mantiene ribetes semif feudales, una industrialización precaria y una dependencia académica e intelectual.

Tradicionalmente, el Trabajo ha sido considerado a lo largo de los últimos dos siglos la forma privilegiada de integración social y de atribución de ciudadanía, de modo que los cambios en el significado del trabajo tienen un impacto directo sobre la configuración del significado de la ciudadanía. Entender este proceso en las sociedades de América Latina resulta muy relevante, ya que el Trabajo, como valor fundante de la sociedad salarial, no alcanzó nunca en este continente el nivel de estructuración y consecuente integración que ha tenido en las sociedades europeas, generándose necesariamente formas diferentes de integración y construcción de la ciudadanía.

El presente ensayo se propone formular y fundamentar una perspectiva de la ciudadanía concebida desde las distintas formas de integración social, en la cual la pregunta conceptual está formulada en torno al cómo se recrean en sociedades «no-salariales» las distintas formas de construcción de un «sentido social» al cual los sujetos se proponen integrar. Específicamente, el presente trabajo desarrollará esta discusión teórica en el contexto espacio temporal de América Latina con el objeto de echar las bases de una idea de ciudadanía como «frontera entre la marginación y la definición de un nuevo sentido de lo social».

2. LAS CATEGORÍAS DE TRABAJO Y CIUDADANÍA: EL CONTEXTO GENERAL DE NUESTRA DISCUSIÓN

La noción de ciudadanía está asociada desde el advenimiento de la modernidad a la idea de los derechos individuales y al tema de la pertenencia a una comunidad política, constituyendo desde el siglo XIX una categoría que integra las exigencias

de los discursos de la justicia y las demandas de una identidad social coherente⁵. La idea de ciudadanía marca el surgimiento de una nueva subjetividad liberal que aspira a la «autonomía» y al desarrollo de las «potencialidades» del sujeto, representando la crisis de una subjetividad premoderna a través de la ruptura con la noción del sujeto súbdito y la promoción de las categorías modernas de género humano y derechos naturales.

De este modo, la génesis de la categoría de ciudadanía moderna esta íntimamente imbricada con los valores de la «revolución democrática»⁶. Sin embargo, desde el surgimiento de la así denominada «cuestión social» a finales del siglo XIX, la noción de ciudadanía se ha empezado a vincular cada vez en forma más directa con la reivindicación universal de los derechos sociales y la cuestión del trabajo. En los países Europeos la noción contemporánea de ciudadanía se asocia a la conquista de políticas de protección del Estado de Bienestar al tiempo que la noción del trabajo representa un ámbito social privilegiado de organización del tiempo y el espacio, una herramienta social que articula con una nueva lógica una red de subjetividades y materialidades que constituyen la base de reproducción de la nueva forma de organización capitalista. Trabajo y Ciudadanía son categorías que tienen un largo trayecto histórico, pero que empiezan a ser vistas como caras distintas de una misma moneda con el establecimiento de las políticas de construcción de un Estado de Bienestar Social.

⁵ Desde los albores de la modernidad el proceso de definición categorial de la ciudadanía se ha desarrollado en el debate entre las posiciones liberales y comunitaristas de la filosofía política. Así, para los autores liberales la ciudadanía es un concepto que debe acentuar las libertades individuales de un sujeto individual y autónomo poseedor de derechos inalienables; mientras que para los autores comunitarista, el acento debe estar puesto en el valor de la pertenencia comunitaria a una tradición que nos provee de una identidad social coherente. Al respecto ver: Kymlicka, W. Y Norman, W. (1997) «El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía», en *La política*, n.º 3, pp. 5-38.

⁶ Como señala C. Lefort, la revolución democrática como rasgo distintivo de la modernidad representa un nuevo tipo de institución de lo social, en el que el poder emerge como un «espacio vacío» y abierto al devenir del género humano. Al respecto ver: Lefort, C. (1986), *The political Forms of modern Theory*, Oxford, Oxford University Press.

La vinculación más clara y directa del trabajo y la ciudadanía se puede entender a partir de la comprensión de los rasgos de la política Keynesiana surgida después de la Segunda Guerra Mundial en los países de Europa⁷. El discurso político del Estado de Bienestar Keynesiano se caracterizó por desarrollar una noción de un sujeto como poseedor de derechos, y en la promoción de una noción de ciudadanía como recurso prioritario para asegurar que cada cual sea tratado como miembro pleno de una sociedad de iguales, en la cual los derechos sociales deben garantizar las condiciones de satisfacción de cualquier otra forma de derecho. Como propuso el propio Marshall (En Marshall y Bottomore, 1998), en la sociedad del Estado de Bienestar la ciudadanía constituye la manera primordial de asegurar el principio fundamental de la igualdad social.

La noción de ciudadanía que se ha desarrollado en ese período, como lo afirma Alonso (1999), fue comprendida como un valor de inclusión e integración social a través de una construcción jurídica y administrativa que intentaba minimizar el efecto de las diferencias en detrimento de la creación de un proyecto amplio de soberanía nacional y sobretodo de bienestar. Es importante destacar que el contexto de surgimiento de esta concepción emerge en una oposición radical a toda forma de miserabilización proveniente del siglo anterior. El trabajo a su vez asume en este modelo un carácter de elemento regulador de derechos y deberes dentro de una lógica productiva anclada en la idea del consenso y enmarcada por la realidad normativa de un contrato. Queda claro que la noción de ciudadanía asociada al cambio de la noción del trabajo, hace de este último el elemento privilegiado de la ciudadanía social.

La vinculación entre ciudadanía y trabajo, ha creado un modelo casi perfecto de referencia al dibujo social, donde la estabilidad laboral, el pleno empleo y la relación salarial, constituyen la lógica de una identidad entre ciudadano nacional y trabajador formal. Toda esa construcción ha generado una idea

⁷ La política keynesiana puede ser comprendida resumidamente como una forma de intervención del Estado en la economía objetivando un equilibrio entre las fuerzas del mercado y la demanda de los bienes públicos por la sociedad, en referencia a propuesta de acción política llevada a cabo por el economista J. M. Keynes.

de carácter universal, es decir, las sociedades que se han constituido bajo la lógica de Estado de Bienestar podrían nominar de forma precisa a sus ciudadanos, teniendo como fundamento básico su situación en la estructura productiva. Pero tal concepción no es del todo suficiente para comprender las situaciones que no se encuadran en esa perspectiva universalista, así sociedades que no desarrollaron, o por lo menos no generalizaron esa relación de «perfecta» sincronía entre trabajo y ciudadanía en un marco de bienestar, se han enfrentado con la profunda dificultad de no poder nombrar de manera precisa a sus propios ciudadanos.

Hoy, cuando se habla de una crisis de la sociedad laboral, no sólo se cuestiona al trabajo como categoría básica de construcción de los vínculos sociales, sino también la propia noción de ciudadanía como espacio de ejercicio de derechos y deberes cívicos pierde fuerza en la configuración de un modelo de sentido en el cual se desarticula la relación fundamental de trabajador-ciudadano. De manera radical nos preguntaríamos entonces: ¿Si no hay más trabajo como elemento central, consecuentemente no hay más ciudadanía construida sobre sus fundamentos?, Y por lo tanto, ¿Dónde busca sus nuevos fundamentos la ciudadanía contemporánea?

Antes de ser categóricos, es preciso reconocer la precipitación de tales cuestionamientos, ya que no se puede afirmar que el trabajo ha perdido su carácter de centralidad, ni tampoco que la ciudadanía tenga que buscar nuevas bases de anclaje, ya que no se puede afirmar categóricamente que el trabajo ha sido el único marco de configuración histórica de la ciudadanía, como bien deja claro la realidad de los países que no han experimentado una generalización del Estado de Bienestar.

El pensamiento neoliberal ha introducido un fuerte ataque a las bases keynesianas de las políticas económicas desarrolladas en Europa. Eso se da porque el neoliberalismo se opone contra cualquier forma de pacto propuesta por la esa política económica, centrada principalmente sobre los derechos distributivos y en una ampliación del bienestar, y en una desmercantilización del Estado y la promoción de garantías del empleo como factor de viabilización de los derechos distributivos.

Los cambios significativos generados en el seno de las sociedades que han vivido en su plenitud la realidad salarial, con la desestructuración del modelo productivo fordista y el propio proceso de remercantilización del Estado conlleva a un sentimiento de crisis y al riesgo de pérdida de las garantías sociales edificadas bajo ese modelo (Serrano y Crespo, 2001). La vivencia del proceso de cambio genera espacios para muchas interrogantes, que adquieren relevancia en un contexto donde tales vivencias jamás fueron extendidas a la sociedad como un todo y que crearon un curioso, y al mismo tiempo absurdo escenario de convivencia mutua con situaciones socio-económicas tan distintas.

En nuestros días, la implantación de una perspectiva posfordista promueve nuevas concepciones sobre el lugar del trabajo en la estructura social. Los calificativos asociados al trabajo en la vivencia del Estado de Bienestar, tales como estabilidad y homogeneidad, empiezan a ser sustituidos por la noción de diversidad y desigualdad. Como lo afirma Castel (1997), es lícito hablar de una «nueva cuestión social» a partir de tres evidencias planteadas por el «nuevo orden laboral», a saber: *desestabilización de los estables, instalación de la precariedad, y déficit de los lugares ocupables en la estructura social*. Esa última evidencia, resultado de la conjunción de las dos primeras, es fundamental para comprender el fenómeno del rompimiento del vínculo casi perfecto entre trabajo y ciudadanía vivido en un período anterior, al remitir a una noción de pérdida de utilidad social y reconocimiento público, repercutiendo directamente en el campo de lo cívico y lo político. Esas evidencias sin embargo, no pueden constituir afirmaciones concluyentes o postulados definitivos, antes bien nos ofrecen tendencias para entender que, a pesar de que este nuevo orden social y tecnológico ha venido ha erosionar las bases del paradigma marshalliano de la ciudadanía social, también empieza a ser evidente que puede representar las condiciones de posibilidad para interrogarnos por nuevos ámbitos de reproducción de la ciudadanía (Turner, 2001).

3. LA PARTICULARIDAD DE NUESTRO ANÁLISIS: LA REALIDAD CULTURAL DE AMÉRICA LATINA

Las sociedades de América Latina se han caracterizado por la implementación de diversos intentos de modernización durante el siglo XX. Populismo, reformismo, criollismo, autoritarismo y socialismo, son sólo algunos de esos esfuerzos por pensar y hacer la modernidad en nuestros países, modernidad que representa un conjunto de procesos de transformación estructural y cultural caracterizados por un ir y venir entre la integración de lo industrial, lo urbano y lo político y la segregación de un *ethos* cultural agrícola, rural y religioso⁸. Como nos lo muestra la curiosa referencia que ha hecho sobre Brasil el economista Milton Friedman, al denominarle «*Belindia*», como si fuera una mezcla entre Bélgica y la India. Podríamos decir que esa referencia que mezcla progreso y atraso puede ser generalizada también a los demás países de América Latina.

Específicamente, países como Argentina, Brasil o Chile a partir de la instauración de un modelo desarrollista en la década de los años 50`, iniciaron procesos precarios y disarmónicos de industrialización y desarrollo urbano. En estos países los casos de industrialización constituyeron un esfuerzo por la modernización de todos los ámbitos de la vida social: económico, institucional, político, pasando a representar una ruptura con la matriz psicológica «postcolonial» a través de la promoción de un nuevo ordenamiento simbólico y material para las sociedades de América Latina.

⁸ La discusión sobre las características de la identidad cultural de los latinoamericanos tiene larga data y se puede representar esquemáticamente a través de los planteamientos de dos grandes tradiciones teóricas, por una lado la primera perspectiva sostiene que la identidad de América Latina nunca ha sido del todo construida y asumida, constituyéndose en una identidad de carácter larvario o trunco condenada a no madurar; por su parte, la segunda visión piensa a la identidad latinoamericana como un escenario de culturas híbridas, como una identidad mestiza y abierta en constante movilidad entre la modernidad y la tradición. Al respecto ver: Paz, O. (1978), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica; y Larraín, J. (1996), *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.

3.1. Se podría esquematizar en tres momentos específicos este proceso de cambio estructural y cultural en las sociedades latinoamericanas: un primer período de proyectos nacionalistas de desarrollo, un segundo período de ajustes estructurales a las demandas del nuevo capitalismo mundial, y un período final de estabilización y legitimación de la neoliberalización latinoamericana.

3.1.1. La primera etapa se caracteriza por la modernización desarrollista y la transición de las sociedades agrarias y tradicionales de los países latinoamericanos hacia sociedades urbanas de un incipiente perfil industrial. La opción desarrollista apelaba al Estado como el impulsor natural de la modernización y se proponía la modificación radical del perfil productivo de nuestros países desde ser exportadores de materias primas a un mercado externo, pasando a la promoción de un modelo productivo industrial destinado a un mercado interno. Este cambio de eje en las economías de América Latina acarreó cambios importantes como el surgimiento de una pequeña burguesía liberal, una proletarización de algunos grupos pobres migrantes del campo a la ciudad, y una consolidación de los incipientes movimientos obreros y de trabajadores que adquieren en esta época una alta relevancia en la vida política de sus distintos países.

En países como Brasil o Chile, la industrialización que dio sus pasos más visibles en la década del 30 estaba directamente vinculada al fenómeno de la «crisis económica de 1929», y formaba parte de una reacción interna frente a la extremada dependencia que mantenían estos países frente a las políticas de protección de sus productos nacionales: la llamada «defensa del café» en Brasil y la promoción del salitre en Chile. Esos sentimientos nacionalistas se desarrollaron por derroteros diferentes en ambos países, pero en cada uno de ellos, en Brasil comandado a través de políticas populistas y en Chile a través de gobiernos reformistas, representaron las bases para una idea de autonomía donde el desarrollo de una industria nacional tendría importancia central.

En Brasil, la estrategia nacionalista utilizada por el presidente Getulio Vargas que, a principios de los años 30 ocupaba la direc-

ción del país a través de un gobierno provisorio, fue la asociación con la emergente pero fundamental clase de trabajadores asalariados brasileños. De esta estrategia política que perpetuaría a Getulio Vargas como presidente a través de una dictadura populista por 15 años, surgió el establecimiento de los derechos del trabajo en Brasil, considerados de vanguardia en el concierto latinoamericano y basados sobretudo en el modelo de la «carta del lavoro» Italiana. En Chile por su parte, la estrategia nacionalista apeló a un discurso reformista destinado a reducir la creciente tensión surgida de la movilización de trabajadores y profesionales, y que irá cediendo paulatinamente en las diversas demandas por seguridad y derechos en el trabajo, de modo que sólo en 1931, y tras graves tensiones sindicales se crea el contrato de trabajo en Chile. El sello de los gobiernos reformistas de la década de los 30 y 40 fue el centrarse en la promoción de un proyecto de industrialización en donde la capacitación y la paulatina protección de los trabajadores emergen como un elemento de garantía de la estabilidad social y el desarrollo económico de Chile. La continuidad de estos proyectos de autonomía industrial perdurará hasta el corte ocasionado por los golpes militares de 1964 en Brasil y 1973 en Chile, cuando sendas dictaduras militares se instauran y perpetúan en el poder hasta la década de los 80.

3.1.2. Un segundo momento se puede identificar a partir de la así denominada «crisis de la deuda» y el proceso de desmantelamiento del proyecto desarrollista. La crisis está situada en un contexto de pugnas entre diversos sectores de la economía, y en medio de un discurso crítico sobre el rol de Estado como principal administrador y sobre las condiciones de ingobernabilidad que generaban los procesos recesivos, instaurándose una crisis de legitimidad del proyecto de desarrollo a partir de los descontrolados inflacionarios y la crisis política. Ante este escenario la respuesta fue un proceso que con grados diversos de violencia e ilegitimidad, instauraron una política de ajuste estructural sostenida políticamente en las diversas dictaduras militares. Las políticas de ajuste establecen una suerte de disciplinamiento social representado por la desaparición abrupta o paulatina del

Estado de la escena económica y por el fomento de los procesos de privatización de distintos sectores de la sociedad.

En este período, en países como Brasil y Chile, fueron dados los primeros pasos en el sentido de la remercantilización explícita del Estado y la adopción de los ideales neoliberales a través de las políticas de privatización. En Brasil, las políticas de ajuste centradas en la mejora de los indicadores macroeconómicos tuvieron como primer impacto la acentuación de las ya abusivas diferencias sociales existentes en el campo y las ciudades, y condujeron a los llamados procesos de exclusión social, o como mejor los define Martins (1997): procesos de «inclusión marginal», a una suerte de marcaje del espacio urbano brasileño, poniendo en jeque la propia configuración ciudadana, pero dando inicio también al surgimiento de los nuevos movimientos sociales destinados al enfrentamiento de la situación de precariedad, no sólo en la estructura urbana, sino también en la todavía semifeudal estructura rural. En Chile, las políticas de ajuste también se asociaron a una ola de desregulaciones, liberalizaciones y privatizaciones, con apropiación de las empresas estatales y los servicios públicos rentables, y a una reducción abrupta del gasto público y a una reducción violenta de las garantías y protecciones sociales de sus ciudadanos, aumentando el desempleo y la precarización del trabajo⁹. En este escenario de graves contradicciones y pérdida de derechos, surgen también novedosas formas de asociacionismo solidario, que se constituyen en diversas experiencias de resistencia a la exclusión social, en las cuales toman protagonismo las identidades territoriales, el asociacionismo religioso y los vínculos primarios más básicos. Sin embargo, paradójicamente no serán ni las dictaduras militares ni la marginación extrema los factores disolventes de estas

⁹ La década de los 80 corresponde al período de mayor agudización de las diferencias económicas en los distintos países del continente, debido a los efectos de las crisis recesivas internacionales y a los efectos perversos de la deuda externa en los mercados del trabajo de países como Brasil, Argentina y Chile. Con respecto a los problemas económicos vividos en las últimas décadas en América Latina se puede consultar: M. Cararozzi (1996), *El capitalismo tardío y su crisis en América Latina*, Buenos Aires, Homo Sapiens; y Chonchol, J. (2000). *¿Hacia dónde nos lleva la Globalización?*, Santiago de Chile, LOM.

formas de protección y apoyo social alternativo, sino más bien, su fin estará marcado por los procesos de consolidación democrática y crecimiento macroeconómico que se empiezan a vivir plenamente tanto en Brasil y Chile desde los años 90.

3.1.3. Un tercer momento se puede distinguir desde comienzos de la década de los 90 hasta nuestros días, período en el cual se estabilizan procesos democráticos destinados a la consolidación de la neoliberalización económica. A partir de la internacionalización de los modelos de desarrollo de los países latinoamericanos y su sometimiento político e institucional a las nuevas reglas del «postcapitalismo global», se instauran procesos de legitimación de la neoliberalización de las economías que traen consigo una suerte de «posmodernización de los márgenes», es decir, una ruptura de los vínculos sociales básicos sobre los cuales se construyeron las experiencias de participación ciudadana destinadas a la resistencia de las políticas neoliberales. Los modelos de los países de la región se vienen sosteniendo sobre una apertura económica y una flexibilidad financiera cada vez más radical, compensada con una focalización y racionalización de las políticas sociales instauradas por los gobiernos democráticos de la región, que las promueven como instrumentos de corrección para un sistema social excluyente que abre vías precarias de integración a través de la capacitación, el mejoramiento comunitario y los empleos temporales. Estamos frente a la estabilización democrática de un proceso de descuidadización permanente.

Un análisis de los últimos años en Brasil, que coinciden con el período de Gobierno de Fernando Henrique Cardoso, nos permite identificar como este período de descuidadización se viene caracterizando por un aumento de los índices de pobreza y un empeoramiento de la distribución de la renta, al mismo tiempo que por un aparente ciclo de crecimiento económico y de aumento del PIB per cápita en el período. El mismo período en Chile, gobernado por tres presidentes de una alianza política de centro-izquierda¹⁰, ha representado las mismas tenden-

¹⁰ La alianza que gobierna Chile desde 1990 está integrada por el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Radical Socialdemócrata, el Partido por la Democracia y

cias económicas generales, destacando un período inicial en el cual los estándares de crecimiento económico sostenido permitieron el desarrollo de una sensación subjetiva de mayor bienestar, y que desde la crisis económica de los últimos años, se ha mostrado con todo su carácter excluyente (Cepal, 2000).

Esta aparente contradicción entre crecimiento y desigualdad que encontramos en los casos de Brasil y Chile, nos conduce a la búsqueda de un nuevo sentido de la exclusión en la sociedad de la «postmodernización de los márgenes», donde los ricos ya no necesitan de los pobres y los ponen al margen de la estructura social o simplemente los intentan olvidar. Así también, la dicotomía entre lo público y lo privado en las nuevas democracias de Brasil y Chile (Crisp y Escobar-Lemmon, 2001), promueve un refuerzo de la idea de la improbidad del primero, caracterizado como corrupto y responsable por los desperdicios y fracasos de los modelos de desarrollo anteriores, construyéndose una concepción de crisis estructural en el Estado y una visión de supremacía del mercado. Tal concepción es propagada como una realidad eminente y que se instaura como necesidad de un enfrentamiento natural de las naciones que quieren lograr su desarrollo, pero que no consiguen controlar las contradicciones promovidas por su sumisión al «postcapitalismo global», de ahí que la exclusión como un negativo de la ciudadanía pasa a incorporar, como ha dicho Wolfe (1994), nuevas dimensiones tales como los medios de subsistencia, los servicios sociales de protección y las redes de seguridad, la cultura del consumo, las opiniones políticas, las bases de organización popular y de solidaridad y la propia forma de comprender lo que pasa en estos procesos de transformación social.

3.2. Desde esta esquematización de tres momentos de la historia reciente latinoamericana, ¿cómo podemos leer desde América Latina el surgimiento y crisis de la sociedad del trabajo y la ciudadanía social?

el Partido Socialista; y los presidentes de Chile en este período han sido Patricio Aylwin (1990-1994), Eduardo Frei (1994-2000) y Ricardo Lagos (desde 2000).

Podríamos afirmar en términos genéricos que, la experiencia del Estado desarrollista latinoamericano constituye el período de instauración de políticas de protección social más próximas a los principios que inspiraron en Europa el desarrollo del Estado de Bienestar, y por lo tanto, podríamos afirmar también que constituye un proceso de fortalecimiento de la ciudadanía de su población. No obstante, a pesar de que las iniciativas de modernización desarrolladas en América Latina impulsan un incipiente proceso de promoción de la ciudadanía a partir de la valoración y centralidad del trabajo y la democracia política en la vida social, resulta necesario destacar que este procesos de construcción ciudadana experimenta diferencias sustantivas con los procesos de conquista de la ciudadanía social en las democracias Europeas, especialmente a partir del hecho de que la ciudadanía latinoamericana se constituyó desde siempre a partir de la hibridación de varias dimensiones de la sociedad y la cultura que implicó al trabajo como eje central, pero compartiendo el protagonismo con las identidades étnicas, el asociacionismo religioso y las identidades rurales.

Así también, la crisis del modelo desarrollista y la implementación de las políticas neoliberales en América Latina representan complejos procesos de descuidadización y descomposición de los vínculos secundarios de las sociedades de América Latina¹¹. La drástica pérdida de derechos sociales sufrida por varios países latinoamericanos durante la década de los 80` ha llevado a un repliegue de los bienes colectivos, que habían sido asegurados políticamente por el estado desarrollista hasta la década de los 70, sobre el ámbito privado de los vínculos primarios de la familia y la comunidad y sobre la posición personal de los sujetos en el mercado. La actual crisis Argentina refleja

¹¹ Al respecto podríamos postular que, sería la convivencia con el modelo de bienestar y la construcción de vínculos secundarios, más allá de la familia, los grupos primarios y la propia comunidad, lo que ha permitido que los países desarrollados construyan una noción de derechos sociales mucho más solidificada que los países de América Latina. Así es como frente a los procesos de remercantilización estatal que se promueven en la última décadas en todas las latitudes del mundo, los países Europeos mantienen una fuerte noción de garantía social y una base de respecto ciudadano anclada sobre el modelo tradicional de inclusión y participación social.

bien lo que implica este proceso mercantil que hace prevalecer la noción de crecimiento económico por sobre lo social, característica generalizada en los procesos de reconfiguración del Estado y de la noción de ciudadanía. La demanda de los fondos internacionales por un nuevo ordenamiento de las cuentas públicas ha generado una casi inimaginable acentuación de la recesión Argentina, que tiene un efecto nefasto sobre un sector de la población ya empobrecida desde los ajustes estructurales del gobierno de Saúl Menem.

Estas nuevas formas de neoliberalización económica nos enfrentan a una nueva forma de exclusión, caracterizada por formas «marginales de inclusión» que generan territorios particularmente precarios donde se reúne un número incalculable de «nuevos pobres» y de «desciudadanos», los cuales aparecen percibidos como sujetos frente a los cuales resulta imposible desarrollar a corto o medio plazo políticas de integración eficaces. La idea que prevalece ante este nuevo escenario, es que frente a la exclusión no hay solución y que la convivencia con «esa suerte de mal epocal» es la prerrogativa de nuestras sociedades atrasadas. De hecho, resultaría plausible afirmar que, en los márgenes de estas sociedades de la «integración excluyente» se vienen configurando nuevas alternativas de participación en el consumo y en la simbolización del paisaje urbano, por medio del ejercicio de acciones violentas e ilegales que terminan por crear sus propias reglas e imponer sus propios valores, generándonos la idea de una nueva anomia Durkheimiana.

Desde esta constatación de que la nueva organización productiva capitalista promueve nuevas formas de relación social, cada vez con ribetes más globales y excluyentes, aparece como evidente que con independencia de los grados de desarrollo que hayan alcanzado los distintos sectores de las sociedades contemporáneas, el nuevo capitalismo mundial representa un proceso radical de desciudadanización, pero que en el caso de América Latina y otros sectores del tercer mundo, adquiere características que establecen diferencias importantes con respecto al mundo desarrollado. El propio reconocimiento de los cambios en la estructura de la sociedad salarial, como lo afirma

Castel (1997), tiene una repercusión distinta sobre los países europeos en comparación a lo que ha ocurrido en los países latinoamericanos.

Las diferencias fundamentales para nuestro análisis radican en dos dimensiones económico-culturales destacables en el proceso de desarrollo latinoamericano. En primer lugar, el que en América Latina nunca existió una universalización de los derechos sociales y que desde siempre en los sectores rurales y urbano-marginales la red de protección secundaria se desintegraba progresivamente por problemas crónicos de falta de cobertura institucional o profesional, constituyéndose históricamente un escenario de diferencias sociales en el cual han coexistido cada vez en forma más drástica la integración pasiva y la exclusión social activa. En segundo lugar, el hecho de que la modernización latinoamericana nunca siguió la línea de progreso trazada por el discurso de la modernidad ilustrada, y que a pesar de que sus elites siempre miraron hacia las metrópolis de Europa, la sistemática hibridación de distintas fuentes civilizatorias llevó a América Latina a desarrollar una suerte de camino propio en el cual algunas categorías fundamentales del discurso de la modernidad no han logrado captar toda la complejidad de su proceso de desarrollo, porque como nos señaló García Canclini la modernización de América Latina se ha caracterizado por un «entrar y salir de la modernidad».

A pesar de estos ámbitos de especificidad, creemos que el «trabajo» sigue siendo un elemento central de la ciudadanía en América Latina y el mundo, pues implica la participación de los sujetos en una producción para la sociedad y también en la producción de la propia sociedad (Castel, 1997). No obstante, lo que a nuestro juicio se debe considerar de manera especial, y para ello América Latina constituye un caso representativo, es que no se puede seguir pensando en una relación tan unívoca y absoluta entre trabajo y ciudadanía como la que ha prevalecido en el discurso del Estado de Bienestar. Nuevos territorios y sentidos, más allá del espacio salarial, empiezan a configurarse y constituirse como espacios de producción ciudadana, y son esos nuevos espacios los que deben ser mejor caracterizados por el análisis social.

Si bien muchos de estos territorios y ámbitos de sentido (religión, identidades territoriales, nuevas formas de consumo) ya han estado presentes como elementos fundamentales de la construcción histórica de una idea de ciudadanía en los países latinoamericanos, es también cierto que los «antiguos» marcos de la estructuración social y productiva siguen presentes y constituyen modelos de caracterización de la ciudadanía que se mantienen vigentes. En este ámbito de hibridación entre las nuevas y viejas formas de ciudadanía que recrean y nutren la frontera social entre la «redistribución» estructural de los recursos y el «reconocimiento» de las diferencias culturales (Fraser, 2000), es en el cual se constituye una suerte de nueva «identidad post-ciudadana».

4. A MODO DE CIERRE: ¿PODEMOS HABLAR DE NUEVAS FORMAS DE CIUDADANÍA?

Las sociedades latinoamericanas son protagonistas de un proceso constante de flexibilización de sus economías cada vez más insertas en las vías de transacción de la nueva sociedad global. El nuevo escenario del trabajo y la participación social y política están marcados por la desaparición de formas de identificación propias de la noción clásica de la ciudadanía y por la emergencia de nuevas prácticas sociales al margen de las coordenadas del sentido tradicional del discurso de la modernidad.

La reconstrucción de los vínculos sociales, descrita por Beck (2000) como individuación, adquiere características diferenciadas en el contexto de América Latina. La hibridación de diversas formas de hacer y ser en la ciudad hace que los procesos de hipermodernización y premodernidad coexistan en la subjetividad y la materialidad de la vida urbana y el consumo. El nuevo ciudadano de Sao Paulo, Santiago de Chile o Bogotá transita entre las expresiones mediáticas y arquitectónicas de la máxima provisoriedad, y entre los márgenes de la más patética precariedad, consumiendo bienes e información como una vía de participación en un orden de fronteras porosas entre lo pro-

pio y lo ajeno, entre lo público y lo privado, y entre lo integrado y lo excluido (García Canclini, 1999).

La aplicación de las ideas neoliberales en el contexto de América Latina parece haber contribuido de forma crucial al delineamiento de nuevas asimetrías internas y externas entre las naciones. La remercantilización de los estados nacionales a llevado a algunos países a una situación de heteronomía, la nueva forma de solidaridad transnacional de la actual fase capitalista internacional, en la cual prolifera la desvinculación social y la 'desolidarización' dentro de los espacios nacionales. La radicalidad del discurso neoliberal es reductora de las relaciones sociales no privilegiadas por el capital y promotora, especialmente en países como los latinoamericanos, de una fuerza «descivilizadora» típica de las concepciones pre-modernas. Estamos frente a un escenario de profundas y nefastas imágenes donde la «desolidarización», fragmentación, exclusión y la «desimetrización» expansiva, como lo afirma Sachs (1994), son los marcos del desarrollo mundial, fundamentados sobre un estado de riesgo permanente.

En el nuevo orden latinoamericano, la satisfacción de los derechos sociales se privatiza, al tiempo que el consumo, como práctica de automodelación y satisfacción imaginaria del deseo, se transforma en la vía de participación en la nueva sociedad. La globalización en América Latina coloca al nuevo ciudadano en una red de nodos de creación y satisfacción de necesidades, apareciendo por ejemplo la educación y las posibilidades de ascensión social, como nuevos objetos de consumo sometidos a las estrategias de habilitación y satisfacción individual. Como señala García Canclini (1995: pp. 25), el nuevo escenario global nos ofrece a los latinoamericanos hacernos «consumidores del siglo XXI» y regresarnos a ser «ciudadanos del siglo XVIII».

De este modo, replantearnos la categoría de ciudadanía en este nuevo escenario requiere comprender que, la ausencia en los países de América Latina de vínculos secundarios para mediar las garantías sociales generales, propicia un espacio para el desarrollo de nuevas formas de vinculación consolidadas en un contexto cultural específico, a partir incluso de las formas híbri-

das como fue configurado el capitalismo en algunos países de la región. Una idea de ciudadanía vinculada a las transformaciones políticas y sociales de nuestro tiempo, presupone considerar las reales posibilidades con las que cuentan los sujetos para decidir y disfrutar de los derechos sociales históricos, así como entender los distintos modos de reproducción de lo social a través de la participación en el consumo, los medios de comunicación, la ocupación urbana, y la identificación cultural (Hopenhayn, 2001).

En países como Brasil y Chile, la precaria convivencia histórica con las garantías secundarias a facilitado la acentuación de los vínculos primarios y de los modos alternativos —muchas veces marginales— de inserción y participación social. Cuando imaginamos que en estos países el propio sentido del trabajo y de la consolidación de una sociedad laboral ha sido realizado de modo precario e incompleto, queda claro que un proceso de reconfiguración del panorama mundial, con un nuevo ordenamiento espacio-temporal y una nueva geografía subjetiva, ejerce una repercusión distinta al interior de sus sociedades. La ausencia de una referencia directa y concreta de generalización del disfrute de los derechos sociales, es vivido por los países de América Latina como una acentuación de la permanente crisis que representan los sucesivos fracasos de sus proyectos de modernización, en los cuales el propio sentido de la participación, la integración y el trabajo, se han transformado para la creación de espacios alternativos de reconocimiento de la inserción social, espacios fronterizos cada vez más basados en valores aparentemente nuevos para los patrones culturales de las sociedades desarrolladas. Estamos al decir de Irazusta (2001: pp. 39), ante una «geografía intersticial» que había estado velada para la mirada sociológica de la modernidad y que hoy nos hace visible su «espacio de acción otorgando significado político a su existencia o redefiniendo su contenido cultural».

Desde esta constatación general, es posible para algunos científicos sociales latinoamericanos intentar pensar estos complejos espacios fronterizos, más que como territorios tradicionales de exclusión concebidos históricamente como oposición

al sentido de la ciudadanía, como formas de vinculación simbólica y territorial que configuran nuevas formas de «inserción marginal», es decir, prácticas no convencionales que con más preponderancia de los procesos de identificación coyuntural en la cultura subvierten y usan pragmáticamente las normas de la sociedad convencional. «Las viejas y nuevas formas de ciudadanía» se mezclan ahí, en el inestable y abierto proceso de estar dentro y fuera del sistema, apelando a través de un mismo discurso al objetivismo de la igualdad estructural y al subjetivismo de la diferencia identitaria, señalando que el camino teórico y político de la re-construcción cultural de la ciudadanía democrática pasa necesariamente por un pacto entre el discurso la «redistribución de los recursos» y del «reconocimiento cultural»¹². Como señala acertadamente Abril (1999: pp. 222), estamos ante la necesidad de entender las expresiones de una «ciudadanía contradictoria» que nos demanda cada vez más, una mirada más autónoma del acostumbramiento disciplinario de reconocer sólo pobreza, anomia y déficit en el contexto de las diferencias culturales de América Latina.

Muchos campos de identificación cultural históricamente vinculados a las negociaciones de la vida privada se han venido a transformar en ámbitos de competencia de la sociedad civil. Nuevas y viejas prácticas que definen sujetos colectivos fuera de la esfera laboral y pública, y más en la esfera de la subjetividad, hoy son llevados a los terrenos de la lucha por los derechos y los compromisos con los excluidos: prácticas sociales como la desobediencia civil ante los servicios militares obligatorios, las acciones de las comunidades de consumo musical, las brigadas de pintores de grafitis y murales callejeros, las sociedades de derechos sexuales y reproductivos, los comedores comunitarios, las pandillas juveniles, las asociaciones de vecinos para la defensa ante el microtráfico de drogas, constituyen sólo algunos ejemplos de

¹² Nos referimos específicamente al debate establecido por N. Fraser y J. Butler en torno a una noción de igualdad que incluya/diluya/sobrepase las dimensiones de lo cultural y lo estructural en un proyecto político emancipador. Al respecto ver: J. Butler (2000), «El Marxismo y lo meramente cultural», en *New Left Review*, n.º 2, y Fraser, N. (2000), «Heterosexismo», en *New Left Review*, n.º 2.

como los espacios donde se reconstruye el sentido de lo social, configura una *frontera simbólica y material* en la cual se recrea en cada instante la línea porosa entre la marginalidad y un orden social alternativo.

REFERENCIAS

- ABRIL, G. (1999): «Crónicas de la Conquista de la Ciudadanía: Representaciones narrativas de la identidad urbana en Cali», en García Selgas, F., y Monleón, J. B.: *Retos de la Postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas*, Madrid, Editorial Trotta.
- ALONSO, L. E. (1999): *Trabajo y Ciudadanía (Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*, Madrid, Editorial Trotta.
- BECK, U. (2000): *Un nuevo mundo feliz*, Barcelona, Paidós.
- CASTEL, R. (1997): *Las metamorfosis de la cuestión social (Una crónica del salariado)*, Barcelona, Paidós.
- CRISP, B., y ESCOBAR-LEMMON, M. (2001): «Democracy in Latin America: Individuals in Institutional Contexts», en *Latin American Research Review*, vol. 36, n.º 2, pp. 175-192.
- FRASER, N. (2000): «¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era postsocialista», en *New Left Review*, n.º 0, pp. 126-155.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995): *Consumidores y Ciudadanos (Conflictos multiculturales de la globalización)*, México, Grijalbo.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1999): *La Globalización Imaginada*, Buenos Aires, Paidós.
- CEPAL (2000): *Equidad, Desarrollo y Ciudadanía*, Santiago de Chile, Cepal.
- HOPENHAYN, M. (2001): «Viejas y nuevas formas de ciudadanía», en *Revista de la CEPAL*, n.º 73, pp. 117-128.
- IRAZUSTA, I. (2001): «La sociedad de los bordes. Una representación ritual de la construcción/desconstrucción de fronteras sociales», en *Política y Sociedad*, n.º 36, pp. 39-53.
- MARSHALL, T. H. (1998): «Ciudadanía y Clase Social», en Marshall, T. H., y Bottomore, T. (eds.), *Ciudadanía y Clase Social*, Madrid, Alianza.
- MARTINS, J. S. (1997): *Exclusão social e a nova desigualdade*, São Paulo, Paulus.
- SACHS, I. (1994): *Conferência mundial sobre o desenvolvimento social: riscos e compromissos*, IEA, USP, AEI, mimeo, São Paulo.

- SERRANO, A., y CRESPO, E. (2001): «Introduction: emerging experiences of work in a changing economy», en *Transfer: European Review of Labour and Research*, vol. 7, n.º 2, pp. 183-196.
- TURNER, B. S. (2001): «The erosion of citizenship», en *British Journal of Sociology*, vol. 52 Issue, n.º 2, pp. 189-209.
- WOLFE, M. (1994): «Some paradoxes of social exclusion generic International Inst. for Labour studies». Discussion Paper, *apud* Sachs, I., São Paulo.